

REVISTA DEL CENTRO PSICOANALÍTICO DE MADRID

50 aniversario

23 y 30
Octubre
2021

On line
Plataforma zoom



TRAUMA
GENERO

XXIII CONGRESO NACIONAL DEL
CENTRO PSICOANALITICO DE MADRID

CPM

OCTUBRE 2022 | N.º 40

ÍNDICE

- 3** **EDITORIAL**
- Esteban Ferrández Miralles
- 5** **REFLEXIONES EN TORNO AL TRAUMA**
- Estela Welldon
- 13** **LA INDEFINICIÓN DEL TRAUMA:
LO TRAUMÁTICO Y LO PATÓGENO**
- Reyes García Miura
- 19** **NEOLIBERALISMO, TRAUMA Y GÉNERO**
- José Antonio Pérez Rojo
- 31** **DE MADRES A HIJAS**
- Rossana López Sabater
- 39** **TRAUMA, AUTOLESIÓN Y SUICIDIO**
- Esteban Ferrández Miralles
- 47** **IDENTIDAD Y CAMBIO EN EL DESARROLLO DEL C.P.M.**
- José Luis Lledó Sandoval
- 55** **50 AÑOS DEL CENTRO PSICOANALÍTICO DE MADRID.
LA CONSTRUCCIÓN DE UN PROYECTO**
- Ana Gutiérrez
- 63** **IDEOLOGÍA, NARCISISMO Y CAMBIO INSTITUCIONAL**
- Rómulo Aguillaume
- 67** **LA TENTACIÓN DE LO PROHIBIDO**
- Carmen Llor
- 71** **BATALLANDO CON LA PULSIÓN DE MUERTE**
- M. Trinidad Arenas Jara

DE MADRES E HIJAS

ROSSANA LÓPEZ SABATER



1. INTRODUCCION

El tema de la maternidad, lo que una mujer pone en juego cuando es madre, me empezó a interesar hace muchos años, cuando empecé a escuchar el malestar y el sufrimiento de algunas mujeres que habían sido madres.

De esto hace más de 25 años, y entonces yo lo que veía era un imaginario muy idealizado de cómo tiene que sentirse una mujer cuando es madre. Un ideal muy definido donde la maternidad determina la identidad de la mujer, donde para ser esa madre -perfecta-, estaba implícito renunciar a otros deseos, a otros anhelos, porque no estaban incluidos en ese modelo tan exigente y aplastante de cómo tiene que ser una buena madre.

Y hoy, muchos años después a veces pienso que ha habido pocos cambios. En esta madre perfecta se cancelaba y se sigue cancelando, casi todo lo que tiene que ver con ser mujer. Se suspenden todos aquellos aspectos que no encajan en este ideal de esta maternidad hegemónica de la que hoy, afortunadamente, se habla mucho más.

La madre por excelencia representa la absoluta negación de las madres reales, en tanto es sólo el aspecto dadivoso, asegurador y consolador el que aparece figurado en ella. Sin ambivalencia alguna.

Es decir, la mejor madre es la que queda borrada como mujer.

Y esto supone, como planteábamos en el último congreso del CPM, hace un par de años en Salamanca, cómo esta maternidad tan idealizada, es una auténtica violencia contra la mujer. Es una violencia, contra la mujer y contra la salud, porque es un modelo imposible y mentiroso. Es imposible y mentiroso porque niega la ambivalencia y está lleno de idealizaciones y de mandatos implícitos de cómo se debe sentir una madre. Y ha llevado a muchas mujeres a un sometimiento a ese modelo de cómo ser una buena madre.

No son como se suponía que tenían que ser, ni siquiera encuentran dentro de ellas mismas, en su interior, la madre que esperaban ser. Esta diferencia, este *décalage*, este desajuste entre lo esperado y lo hallado, supone no responder al modelo prescrito, y eso hace que algunas mujeres entren en el bucle de la reparación y la exigencia permanente, en la relación con sus hijos, sobre todo con sus hijas, por no llegar a ese modelo ideal, al de ser “esa madre perfecta”.

Lo que quiero transmitir es que estamos ante un mandato casi universal del patriarcado, que engulle a la mujer. Y eso genera patología en hijos y madres. Es un imaginario social que en distinta me-

didanos atrapa a todos, hombres y mujeres. Y nos atrapa, porque como hemos dicho tantas veces, las madres reales no son así, la maternidad no debería responder a un modelo hegemónico, pero no responde ni a este modelo clásico de mujer que culmina su identidad con su maternidad, ni tampoco a otros modelos, aparentemente más modernos y actuales – como por ejemplo puede ser el modelo llamado “*crianza con apego*” o la “*crianza respetuosa*” –, que en definitiva lo que hacen es volver a decirle a la mujer cómo tiene que hacerlo para ser buena madre, y por tanto, a mi juicio, lo que hacen es seguir negando la subjetividad en la maternidad. Es decir, que lo que hacen es trasladar el superyó de un modelo a otro.

El superyó se desplaza de un ideal de madre devota a un ideal de madre naturaleza o madre lactante. Sería lo que **E. Badinter** llama la ofensiva naturista, o lo que **Sharon Hays** llama maternidad intensiva - considerar a los hijos como algo sagrado -, que son más modelos de maternidad hegemónica donde las mujeres viven la maternidad sin enfrentarse a ella, en el sentido de no poderla vivir como una experiencia propia y subjetiva, construida por ella misma.

Hoy hay muchas maternidades que las mujeres reivindican cada vez más, y afortunadamente muchos foros donde se habla y se escribe de distintas maternidades (de las malas madres, de las madres arrepentidas, etc.) En este nuevo abanico de posibilidades es imprescindible rescatar el derecho a la ambivalencia, como un principio fundamental y básico para poder construir una relación propia con los hijos y sobre todo con las hijas, que es por donde vamos a seguir.

2 . MADRES E HIJAS, UN FEMENINO UNIVERSAL.

No todas las mujeres son madres, y claro que todas las madres no tienen hijas. Pero todas las mujeres tienen madre, incluso a veces, varias “mamá”, que son otras personas que han ejercido esta función de ser madre. Podemos pensar que entre una madre y un hijo o una hija siempre hay una relación

de tres: la madre, la hija/o y la propia madre interiorizada.

Las relaciones madre-hija o madre-hijos, son del todo menos fáciles, del odio al amor hay un solo paso y las relaciones con ellos, parecen a veces una montaña rusa. Hay un viejo aforismo que dice que un hijo saca lo mejor y lo peor de una madre, y merece toda una reflexión lo que los hijos pueden poner en juego, en las madres y quizás en algunos padres.

Hay muchos tipos de madres, madres devotas, madres arrepentidas, madres perversas, abandonicas, expulsivas y frustradas que malquieren a sus hijos, madres que desean un embarazo no un hijo...

Es como si la maternidad tuviese que estar en los extremos o cerca de la devoción – como mostrábamos en la idealización de ser una madre perfecta –, o en la perversión. Y queremos mostrar como estos dos lugares: el de la devoción y el de la perversión se dan la mano. Como, estando inicialmente en lugares tan polarizados: para unas la maternidad es el centro de su vida, su objeto único de deseo, su foco... y para otras no tiene sitio, no hay espacio para estas hijas o hijos. Sin embargo, al final llegan a lugares parecidos, se tocan en sus logros.

En la relación con las hijas, la proximidad identificatoria, hace que la relación pueda ser más pasional. Favorece más un vínculo interpersonal, donde se pueden compartir muchas cuestiones de género, donde es muy fácil que la relación funcione en espejo, con imágenes muy gratificantes o que incomodan en exceso. De hecho, a la mayoría de las mujeres que quieren ser madres les gustaría tener una hija. Se pasa de ser la compañera confidente a la enemiga mortal. De la cercanía más estrecha a la distancia más abismal. De la intimidad a la frialdad gélida.

Realmente es un vínculo tan pasional que a veces resulta difícil de controlar. En cuestión de minutos se puede pasar de un día soleado con el mar en calma, a la más grande de las tormentas, para luego, volver a un bello atardecer. Y todo esto se produce con una cierta invisibilidad, con una aparente

intrascendencia, que tiende a naturalizarse: “*Porque son cosas que pasan entre madres e hijas*”, son cosas normales y queremos mostrar cómo a veces esto puede esconder una relación muy dolorosa o patológica. Es una de las relaciones más intensas, profundas y complejas del ser humano. A la vez que se sufre, se goza y se disfruta.

Hay mujeres que son más madres que mujeres y otras, las que se acercarán al otro polo (el que señalábamos como más cerca de la perversión) que, serían “*más mujeres que madres*”. Hoy vamos a pensar, siguiendo esta propuesta de C. Eliacheff a las mujeres que son “más madres que mujeres”, o que yo propongo llamar: el laberinto de madres e hijas.

Ser más madre que mujer, una vez pasado ese tiempo de dependencia necesaria, genera muchas cuestiones, la primera es si esa exclusividad de la dedicación de la madre sobre su hija es benéfica para la niña o para la mujer, o para el padre y la segunda es que está haciendo la mujer con todos los deseos que no le están permitidos, para poder ser esa buena madre.

Yo sigo escuchando a mujeres, algunas que desarrollan distintas profesiones de mucha responsabilidad, frases como:

“Nunca se quiere demasiado a los hijos...”

El amor de una madre es algo incondicional, es el amor más verdadero que existe.”

Frases que responden a un exceso, a un mito, a una forma de amar no humana, que responden a este modelo de más madres que mujeres y llevan al laberinto del que hablamos.

Afortunadamente como todo vínculo en crecimiento es mutante y se transforma. También escuchó frase como “*que harta que estoy*” o “*los hijos dan dos alegrías: Una cuando llegan y otra cuando se van...*”. Pero de esos casos no vamos a hablar hoy.

3. ¿QUÉ LE PASA A UN SUJETO QUE ES MÁS MADRE QUE MUJER?

Con frecuencia las mujeres que son más madres que mujeres ocupan el lugar de sostén como eje de la familia, eje central, son como pilares que sostienen a los demás. Esta posición de sostén es totalmente ilusoria, pero al mismo tiempo, ocupar ese lugar es lo que las sostiene a ellas. Es decir, ocupar el espacio de control de las relaciones y de los afectos en la familia, ser esa madre del modelo hegemónico, propicia ocupar un lugar de poder al que la mujer se focaliza, se entrega.

Es un juego doble: entre una entrega y un lugar donde se queda atrapada. Aquí se empieza a construir el laberinto.

Podríamos pensarlo como un lugar donde uno se traslada a vivir cuando es madre, un nuevo domicilio, y luego, ya no se puede visitar otros lugares. Eso le impide ver otros sitios diferentes, acceder a ellos. Es un lugar donde lo que tendría que ser una función, y de una función se entra y se sale, se convierte en una estructura que define a la mujer. Una estructura que en apariencia es hiperpoderosa y genera autosuficiencia. Pero como veremos, solo es en apariencia.

Este lugar es peligroso para la mujer, para sus hijos y yo diría que, para toda la familia, porque es un lugar donde la mujer desaparece totalmente o casi queda desaparecida.

¿Qué se transmite desde este lugar a una hija? ¿Qué anhelos identificadorios para las niñas además de pensarse en esta estructura engañosamente hiperpoderosa?

Vemos cuantas mujeres además de poder ser abogadas, arquitectas, médicos o peluqueras, mujeres formadísimas y ocupando cargos de alta responsabilidad siguen viviendo la maternidad con este superyó sobre sus cabezas, en la que los hijos se convierten en los objetos únicos de su deseo.

En la relación madre-hija se pueden transmitir muchas cosas, y las hijas pueden hacer diversas identificaciones, pero generalmente lo que conlleva es el desarrollo en la niña de un carácter altruista, de su capacidad de cuidar de los otros y de su consideración como un objeto sexual valioso.

Al mismo tiempo que en la hija se instala este deseo genuino de la maternidad y del cuidado, se proscriben y sofoca gran parte de su curiosidad. Diríamos que la hija se va “trasladando” a ese lugar que señalábamos anteriormente, construyendo sus identificaciones en ese nuevo domicilio en el que vive su madre, y del que resulta complicado salir. Y desde ese lugar, reprime o sofoca también sus tendencias hostiles, sus tendencias agresivas, ya que éstas, recordemos, entran en contradicción con los ideales de la maternidad.

Esta relación tiene varias lecturas: La primera podría ser la que plantea N. Chodorow, ella que ha estudiado en profundidad las relaciones madre-hija, señala que las causas de la reproducción del ejercicio de la maternidad, se deben a que la madre ve a su hija, y no a su hijo, como una prolongación de su persona por más tiempo, y a la niña le resulta mucho más difícil romper con su madre, separarse de ella, de esa relación funcional con ella.

Otra opción para entender esto es naturalizar la maternidad de nuevo, lo que señalábamos que E. Badinter llama la ofensiva naturalista, una vuelta al instinto maternal para entender porque los hijos se convierten en el objeto de deseo único de muchas madres. Pensar que vincularse a un hijo como objeto único de deseo es lo que quiere la mujer. Quiere trasladarse a ese nuevo domicilio para desde ahí desarrollar su instinto maternal, supuestamente con libertad.

Vemos que esta propuesta de naturalización es una propuesta de identificación masiva, absoluta con el bebé. Y si no es así, no eres buena madre.

Nos parece muy interesante la genial aportación de J. Benjamin respecto a esta identificación, cuando dice que es necesaria, que es absolutamente necesaria para establecer la relación con una hija/o, pero de la que hay que poder entrar y salir.

Esa es la gran diferencia, para nosotros poder entrar y salir es vivir la maternidad como una función, y para eso es imprescindible la ambivalencia. La otra opción: quedarse atrapada en un modelo hegemónico sería una estructura, sería pensar que esa es la esencia de la mujer y eso es lo que esencialmente tiene que desarrollar en su vida. Esto es lo que la llevaría a ese laberinto.

Podemos traer a colación los sentimientos de culpa y los síntomas que padecen algunas mujeres de hoy, al enfrentarse al dilema de optar: o por su desarrollo intelectual y social, o al cumplimiento de su ideal maternal. Sienten que tienen que optar, que elegir, porque lo uno es incompatible a menudo con lo anterior. Es una muestra de por qué cumplir este ideal de ser una madre perfecta, es incompatible con ser mujer como un sujeto con deseos.

Podríamos pensar en el “síndrome de la impostora” que padecen muchas mujeres.

¿Por que hay tantas mujeres que piensan que en el fondo son un fraude en su trabajo y que sus éxitos son golpes de suerte?

Piensan o temen que sus éxitos se deben a que son simpáticas, al azar, a sus habilidades personales... pero no a su formación ni a su capacidad intelectual. Por ejemplo: mujeres como Michelle Obama, Angela Merkel o Margaret Atwood... Entre otras razones, algunas que ya las expuso Joan Riviere La feminidad como mascarada, cabría preguntarse si en el desarrollo de ese exitoso trabajo, en su triunfo, podría haber un sentimiento de “traición”, una deslealtad como la llama Mitchell, una desobediencia al deseo genuino de ser madre y de cómo hay que serlo.

Como si el mandato superyoico que está activado, si al superyó le pusiéramos voz diría: “*Tu esencia y tu lugar están en la maternidad y en el cuidado a los otros. Eres una impostora porque no estas en tu lugar, te has trasladado de domicilio y nadie te ha dado permiso*”. Así que, volvamos al domicilio para no ser una impostora...

4. ABUSO NARCISISTA

Volviendo al ejercicio de la maternidad, a la filiación en las mujeres que son más madres que mujeres, podemos ver con frecuencia como, la influencia sobre sus hijas se puede convertir en una proyección narcisista. Esa hija es una persona de la que se espera tanto, se hace todo tan perfecto, se invierte tanto..., que se le da permiso para que difiera de la madre, si, pero siempre que haya una continuidad reconocible en su evolución (en la evolución de esta hija), una continuidad donde ella se reconozca, para que sea una versión mejorada de ella misma. Si no se reconoce en su hija, hay extrañeza, hay ruptura. La línea de pensamiento sería: “Si es una evolución mía no hay alarma, pero si no hay una continuidad, hay ruptura”. Como si se rompiese el hilo identificatorio.

De tal forma que ésta proyección narcisista puede derivar en lo que **A. Miller** llamó “*abuso narcisista*”, que en las mujeres de las que hablamos, las que tienen focalizada su vida en la maternidad, fomentan las cualidades de los hijos, pero no para que desarrollen sus propios recursos, sino para colmar las necesidades de gratificación de los padres: “*El niño rey, la superdotada, la valiente que no tiene miedo, la que hace tres carreras y habla tres idiomas...*”

La hija puede diferir de la madre, pero la diferencia se estrecha más, se va acotando en la medida en que esa diferencia se tolera, si es para llevar a cabo sus aspiraciones frustradas, insatisfechas o inhibidas, que de alguna forma se harán realidad a través de su hija.

Sabemos que siempre hay proyecciones narcisistas en los hijos, que son necesarias para la construcción del vínculo, el problema es cuando estas hijas son el único objeto de deseo de la mujer. Si bien el abuso narcisista se puede dar entre el padre o la madre con el hijo, y el padre o la madre con la hija, veremos que es muy diferente.

Vamos a ver el caso de un abuso narcisista de un padre sobre una hija, porque creo que puede mostrar las diferencias que se dan con el abuso

madre-hija, como desarrollaremos después. Los factores diferenciales mas importantes son: la visibilidad, la trama identificatoria y la intervención del tercero.

Nuria era una joven y brillante estudiante de derecho, que consultó por un colon irritable, con hemorragias frecuentes y un rotundo fracaso académico repentino e inexplicable: estudiaba igual que antes y suspendía todo, además tenía que llevar compresas, porque las pérdidas de sangre de su intestino eran cada vez más frecuentes. En la consulta vimos como ella era una proyección del padre, la única hija que cumplía parte de sus deseos, y de la que el padre se sentía súper orgulloso. Pero ella no quería hacer derecho, no quería opositar, ni ser abogada de la empresa del padre, quería ser diseñadora. Cuando intentó decirlo, el padre hizo una aparente desinvestidura sobre ella ignorándola, invisibilizándola. Dejó de hablarle, dirigiéndose a ella solo para cuestiones esenciales.

La dificultad de salir de este entramado relacional, de dejar de ser ella misma “*leal y cómplice*”, con el deseo de su padre sobre ella, era tan grande que su cuerpo enfermó gravemente. Pero en este caso fue decisiva la intervención de la madre, que se situó como un tercero y nos ayudó a resolver esta dualidad patológica. Yo convoqué a los padres, y la madre que parecía estar siempre en la sombra, tomó un rol activo y comprometido con la hija y el tratamiento.

Y traía este caso porque es muy importante para lo que vamos a contar después, cuando hablemos del abuso materno. Veremos que esta intervención de un tercero, es algo que entre las madres y las hijas se da con mucha menos frecuencia. Además, en el caso del padre, él suele tener más formas de realización personal, más objetos de deseo que esta madre, a la que veíamos atrapada en el laberinto.

Entre estas madres e hijas, el vínculo es tan estrecho y pasional, que se enredan la una en la otra, haciendo que la identificación de ese abuso narcisista sea menos comunicable, más difícil de visualizar, posiblemente porque también está menos mediatizado por terceros, como hemos visto en el caso de Nuria, con la proyección del padre.

Se propone y se impone a la hija seguir los modelos de la madre, respetar sus deseos o hacer todo lo necesario para cumplir sus ideales, los que ella no pudo lograr. Hay hijas que son parte del ideal del yo de la madre y tienen incorporada la obligación de cumplirlo, de llevarlo a cabo sin poder verlo, porque como sabemos, este es un proceso inconsciente, de difícil visualización. Este déficit de amor real, de poder ver en su hija algo más que una proyección, se transforma en la hija en una falta de autoestima, en una demanda de reconocimiento y de éxito que nunca es suficiente, y en una necesidad de amor insatisfecho.

¿Por qué no es suficiente?

Lo que haga esta hija nunca va a ser suficiente para ella misma, porque la admiración, el reconocimiento que recibe es un falso reconocimiento, ya que no está dirigido a ella misma, sino a lo que realiza como objeto de satisfacción para la madre, del cumplimiento de sus proyecciones.

Son ese tipo de madres que por ejemplo en la adolescencia, se hacen amigas de las amigas de su hija, y obviamente no me refiero a que las conozcan. Como le pasó a una paciente adolescente que vino con autolesiones, muy rabiosa y que empezaba con problemas de alimentación. Me contaba cómo su madre había relatado a sus amigas cómo era ella de pequeña, con las intimidades que eso conlleva, como, por ejemplo: hasta que edad se hizo pipí, qué manías tenía, como se chupaba el dedo... Una madre que llamaba a una de sus amigas porque estaba preocupada por los conflictos del grupo y las quería ayudar invitándolas a todas a un *escape room*.

La madre lo justificaba como algo normal, hablando de ella misma como una madre que siempre estaba de su parte, la apoyaba en sus proyectos y era su cómplice para ocultar algunas informaciones al padre... Lo que ella pretendía era ayudar a su hija en dificultades “tontas” con sus amigas, ayudarla a que se integrara. La hija asentía mientras lloraba como un objeto pasivo, y decía que se sentía muy mala, que no merecía vivir.

Si lo pensamos, vemos como esta mujer no sopor-

taba la exclusión de la vida de su hija. Meterse en el grupo de amigas de una hija adolescente, es una forma de no dejarla tener algo suyo, de no tolerar que se aleje de ella, de construir algo propio: algo donde la madre no esté.

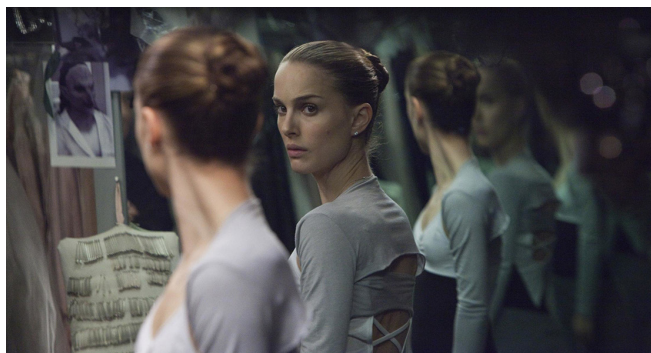
Y esta hija no podía sentir rabia y rechazo hacia su madre, que era tan buena y la quería tanto y hacía tanto por ella. Era una madre “*muy guay*”. Realmente por su aspecto parecían dos amigas... El padre – un hombre inteligente y exitoso –, pensaba que se llevaban muy bien, que hacían muchas cosas juntas y que su mujer y su hija siempre habían tenido una relación excelente. Las diferencias que tenían eran cosas normales entre una madre y una hija, y era yo – la terapeuta –, quien estaba magnificando el problema.

Esta es una viñeta que muestra cómo ambas están atrapadas en ese laberinto del que no pueden escapar... porque además es invisible, y así se van retroalimentando mutuamente. No hay tercero ni en la cabeza de la madre, ni en la función paterna, ausente por otra parte.

La separación de la hija, su ausencia, enfrenta a la madre a su propio vacío, porque ella misma se ha construido en ese pilar del que hablábamos antes. La maternidad no es para ella una función, no puede entrar y salir de ahí, por tanto no puede separarse de esa hija, no soporta la diferencia, la distancia. Da igual que la hija se vaya a vivir a Madrid y ella viva en Barcelona, este proceso relacional está interiorizado por ambas, y casi siempre es una interiorización inconsciente. Si se es más madre que mujer, es fácil que ambas, madre e hija vivan en ese laberinto.

Y de este abuso narcisista, se puede llegar a lo que Eliacheff llama “*el incesto platónico*”. Se trata de una relación madre-hija perversa. Con la característica de que es invisible, es un incesto sin pasar al acto, diríamos que no se puede descubrir. Es una relación basada en la exclusión de un tercero, ya

sea por el fantasma de “ser una”, o por el secreto que las une, sin nada que las separe.



Esta madre incestuosa la podemos encontrar en la película *La pianista*, y también en *Cisne Negro*, bastante más reciente. En ellas vemos como se establece una relación con la hija, en la que una se convierte en espejo de la otra, y la otra en la proyección narcisista de la una.

Se establece un lazo que favorece la confusión en identificar la historia, llegando a no saber muy bien quién es quién: ¿podríamos pensar en una *folie a deux*?

La hija no lo sabe, no lo puede ver, es todo un trabajo arduo clarificar esta relación, no puede quejarse de este abuso.

¿Cómo quejarse de esa madre generosa que la ama sin límites? ¿Cómo quejarse de recibir tanto amor? ¿Cómo quejarse de esa complicidad incondicional?

Con frecuencia son madres admiradas, muy queridas y muy idealizadas por sus hijas, son adorables. Pueden ser mujeres muy actuales, activas, comprometidas socialmente, incluso feministas en su ideología.

Las hijas buscan esta situación incestuosa porque adoran a sus madres, ya que la reciprocidad es fundamental en este tipo de vínculo. Además, pertenecer al mismo sexo favorece el secretismo del incesto, una complicidad – que a veces se capta en las miradas –, que para ellas es esencial en la relación. La hija se vuelve tan dependiente de su madre, como la madre de su hija.

Pero esta simetría de posiciones no es real, ya que es la madre quien ejerce el dominio de la relación.

Es decir, para terminar con este incesto: vemos como esta confusión de identidades, y la exclusión de terceros, son operaciones complementarias en estas relaciones patológicas. Que se complementan y se retroalimentan, y eso dificulta que las hijas se rebelen. No lo pueden expresar en la relación, el odio está reprimido o forcluido... **lo que hacen es enfermarse.** La suma de ambos factores genera una potente frontera alrededor de ambas, una frontera entre una pareja formada por ellas, y el mundo exterior.

5. CONCLUSIONES.

¿Qué pasa con esta influencia masiva, con este abuso narcisista o con este incesto platónico? ¿A dónde va? El devenir de estas situaciones es diverso, yo me he atrevido a señalar cuatro salidas posibles. Empezando por la peor,

1. La más radical y trágica, que es el suicidio. Como bien se ha ilustrado en la película *El cisne negro*. A la protagonista, Natalie Portman, no le queda otra opción que la muerte, que dejar de vivir para separarse de su madre.
2. El destino melancólico, el de *Los duelos eternos* de las madres. Esa imposibilidad de elaborar la pérdida en estas mujeres que no pueden sobrevivir a la muerte de su madre, que se quedan atrapadas en la muerte de esa madre. Generalmente lo encontramos en mujeres que no tienen hijas.
3. Creo que la más frecuente es sobrevivir a esta confusión de identidades, “aceptando” ser su réplica: no será idéntica a su madre, no se pasa dos veces por el mismo río, pero será una réplica en el estilo relacional, cuando construya su propia familia, y posiblemente si llega el momento, ejercerá a su vez el mismo poder sobre sus propias hijas.

Esta “aceptación de ser su réplica” es un proceso inconsciente. Mitchell propone que en nuestra primera infancia construimos redes

relacionales de las que no podemos desprendernos, imágenes del Otro de las que huimos para intentar alejarnos. Lealtad podríamos pensar aquí a esa red de complicidad en las que se han configurado, porque si salen temen no poder sobrevivir.

La tesis sería que la demostración de nuestra lealtad a lo conocido, a lo vivido, va, a veces mucho más allá de nuestras intenciones conscientes. En este caso sería: La lealtad a este laberinto.

4.- La cuarta opción, la más saludable, es salir de esta relación.

¿Cómo salir de aquí? ¿Cómo hacer el tránsito de esta maternidad institucionalizada, a una maternidad que permita y facilite que ser madre sea poder ir al encuentro de un otro, de otra subjetividad?

Al pensar en estos procesos emocionales tan intensos, como los que suceden entre las madres y las hijas, encontré un viejo concepto de Alexander, la experiencia emocional correctiva, que puede ayudarnos.

Lo primero y primordial sería ser consciente de que esto puede estar sucediendo en la relación con una hija, y por tanto también esta sucediendo con la propia madre – al menos con la madre interiorizada –. Recordemos que hablamos de una relación de tres. Este trabajo de ser tres creo que ya empezaría a poner luz en el laberinto.

En una psicoterapia no se trataría de planificar la escena a trabajar, como se proponía en la experiencia emocional correctiva, pero sí se trata de que los profesionales podamos tener en nuestra mente esta trama del abuso narcisista. Porque es una situación que puede ser muy grave, y creo que, al estar bastante naturalizada, tiende fácilmente a normalizarse, a ser invisible. Como le ocurría a aquel padre de mi paciente que me decía que yo magnificaba el problema.

Recordemos que ambas están enlazadas en una identificación que, si por un lado impide a la madre apropiarse de su propio destino de mujer, que-

dándose atrapada en esa madre sostén, o madre pilar, también impedirá a su hija ser otra cosa diferente que la hija de su madre.

Para terminar, quisiera señalar la importancia de lo que el analista tiene en la cabeza. Porque lo que no se tiene la cabeza no se escucha. Y la visibilidad es lo que dará la posibilidad de crear una relación diferente desde una experiencia emocional, tomándola como el factor central de cambio, con una mirada terapéutica que no repita el superyó de esa maternidad hegemónica.

Una mirada de sostén y desculpabilización hacia nuestras pacientes.

Porque no quieren y no tienen que ser ni las madres ni las hijas que tenían que ser, ni lo que ese imaginario social espera de ellas.

ROSSANA
LÓPEZ SABATER



CENTRO PSICOANALÍTICO DE MADRID

El C.P.M. es una Asociación Científica, sin carácter lucrativo, con orientación psicoanalítica y postura abierta a todas las tendencias psicoanalíticas.

O'Donnell, 22 escalera A 1º izda.

28009 Madrid (España)

+34914480874

contacto@centropsicoanaliticomadrid.com

ISSN: 1989-3566

Año: 2022

Editores : Esteban Ferrández Miralles.

En ningún caso, el consejo de redacción de la revista, los editores encargados o coordinadores, o el propio Centro Psicoanalítico de Madrid, se harán responsables de las opiniones publicadas vertidas por los autores. A su vez, cualquier material gráfico, referencias a otras publicaciones, reseñas bibliográficas o textos de otros autores, etc. serán responsabilidad únicamente del autor, así como el pago de derechos de copyright. El Centro Psicoanalítico en ningún caso tendrá responsabilidad alguna acerca del material publicado, mencionado anteriormente.

Maquetación: Diana Fuentes Carreño (didi.fu.ca@gmail.com)